

## **Para Cursillistas III**

### **Ocurrencias de Dios**

**Por: Manolo Campa**

Hace 46 años, en un caluroso fin de semana del mes de septiembre, viví la experiencia del Cursillo #18 de Miami que cambió mi vida. En el ámbito de los Cursillos hice amigos que me acompañaron y guiaron en mi nuevo caminar "rumbo al Cielo".

Han pasado más de cuatro décadas y de vez en cuando nos encontramos algunos de aquellos cursillistas de la "vieja guardia", ahora con mucha "juventud acumulada". Cerca de cuatrocientos años suman las edades de cinco de nosotros que coincidimos en un velorio y acordamos reunirnos una vez al mes.

El gozo de estos rollistas, ahora sin retentiva para dar rollos, es contar sus "momentos cerca de Cristo". Es asombroso que recuerden con precisión detalles de lo que cuentan pero olvidan que ya hicieron el mismo cuento en varias ocasiones... lo que no tiene importancia porque esas historias, a nosotros, nos parecen nuevas. ¡Para los desmemoriados miembros de la tercera edad todo es actual!

Este es el prólogo al relato "reciclado" que sigue: El narrador, cursillista, mecánico de equipo pesado, había hecho amistad con un guajiro operador de grúa, alto, fornido, curtido por el sol, de pocas palabras. Hermético en grado sumo, no exteriorizaba ni alegrías ni tristezas. Pero un día dijo que le gustaría conocer a ese Jesús que estando en Cuba había oído mencionar.

El mecánico no desperdió la oportunidad de acercarlo a Cristo y le habló de los Cursillos de Cristiandad. Él mismo le llenó la planilla. Lo llevó al Cursillo y al recogerlo en la Clausura era otro: Alegre, comunicativo, jovial. Hablaron largo y tendido.

Aquí comienza el relato del "momento cerca de Cristo" del mecánico cursillista: Al principio del Cursillo el guajiro no hablaba ni tomaba notas. Durante el tiempo libre después del rollo Ideal, se le acercó un joven delgado, pequeño. Con mucho afecto y alboroto, después de llamarle "Trucutú", le dio un abrazo. El hombrón con los ojos humedecidos por la emoción le devolvió el saludo: "Huesito, que bueno es volverte a ver..." y desde ese momento empezó a sentirse mejor.

El guajiro escuchaba los rollos con atención pero seguía tenso y sin tomar notas. El rollo Estudio "lo pegó al techo". Oyó lo que necesitaba oír para saber como alcanzar lo que anhelaba. Tocado por el Espíritu Santo sentía necesidad de hablar... abrió su corazón y fue diciendo lo que había sido y lo que quería ser. Aclaró que no tomaba notas porque no sabía escribir y leía muy mal... que por ser guajiro de monte adentro donde la escuela le quedaba a muchas leguas y desde niño tener que trabajar en el campo ayudando a su padre, no pudo estudiar.

Fue soldado del ejército rebelde. Lo habían destacado en la guarnición de la prisión del Castillo del Príncipe. En una de las galeras que le habían asignado estaba un jovencito pequeño, delgado... tan flaquito que él lo llamaba "Huesito".

Huesito, era estudiante de una Escuela Parroquial. Lo habían cogido colocando unos pasquines emplazando a los jóvenes a tomar la decisión de ser "Creyente o Ateo" y lo mandaron preso al Castillo del Príncipe. Padecía de asma que le había agravado la humedad de la prisión. Pero siempre estaba de buen talante. Para todos, aún para los carceleros, tenía una sonrisa. Hacía versos muy simpáticos que a muchos hacían reír, sobre todo a Trucutú que era el nombre con que se refería al fornido y tosco guajiro en sus sátiras poéticas.

El muchachito decía que no necesitaba comer mucho porque su fortaleza la recibía de su gran amigo Jesús. Se mantenía tranquilo, muy entero... exceptuando cuando después de las visitas de su madre pasaba horas afligido, respirando con dificultad.

La salud del muchacho se fue empeorando al extremo que el médico que lo atendió en la prisión les dijo a los jefes que si no lo trasladaban o lo soltaban, se moriría allí. Inexplicablemente, porque era la maldad y no la bondad lo que movía a aquellos oficiales revolucionarios, lo soltaron.

Huesito se despidió de Trucutú regalándole un librito que leía en su celda a cada rato. Con mucha dificultad el carcelero leyó el título: "Imitación de Cristo". Y se hizo el propósito de aprender a leer bien para poder leerlo. Al poco tiempo el soldado rebelde pidió ser licenciado para regresar al lado de su madre enferma. Cuando ella murió, de alguna manera se las arregló para salir de Cuba.

Una de esas ocurrencias maravillosas que suele tener el Señor fue propiciar el reencuentro de Huesito con Trucutú en un Cursillo de Cristiandad. Los amigos se siguieron tratando. El guajiro aprendió a leer y escribir y se convirtió en un excelente y simpático dirigente cristiano. Sus resonancias llevaban mensajes claros, vivenciales que todos disfrutaban.

Las ideas recibidas durante el rollo Estudio las transmitía con la convicción del que vive lo que dice: "La naturaleza le hablaba de Dios: el germinar de las semillas, el cantar del sinsonte, el murmullo de las aguas del riachuelo, la belleza del cañaveral movido por la brisa..." Con la sencilla manera de hablar del campesino explicaba que "La cabeza servía para calarse el sombrero de guano que protege del sol pero, sobre todo, para estudiar y poder conocer a Dios y vivir la vida de Dios.". "Estudiar cuesta pero vale la pena conocer los criterios de Cristo para poder ser cristiano..." manifestaba con amable firmeza.

Definitivamente, Estudio fue el rollo que "traqueteó" al guajiro Trucutú. Salió "impulsado" de su cursillo, estudió y pudo leer el librito que le habían regalado y muchos otros... Tal como anhelaba, conoció a Jesús, el amigo de Huesito, y así cumplió el otro propósito que había hecho, años atrás, en la loma del Castillo del Príncipe, en la Habana.

